**El Tren del destino.**

Por Raquel Ruiz Rojas.

CAPITULO III

Pasaron varios días antes que el encuentro ocurriera. A pesar que la joven, había visto al galán en la obra de calle Montevideo, donde él construye un edificio de departamentos. Guarda en su mente esa sonrisa tan seductora del joven. Estacionó su HARLEY DAVINSON, en el costado del gimnasio. Descubre que hasta ese momento, nunca esperó a ninguna mujer. No tiene certeza que él vendrá. Igual sigue en la espera. Ha fumado cuatro cigarrillos. Piensa: (Llevo aquí más de una hora, sino viene en cinco, me voy. Funes tendrá a su cargo, descubrir donde vive la rubia) Resuelto, camina en busca de la moto. Ella aparece. Ha recogido a modo de rodete su larga cabellera dorada. Viste pantalón yoguis color celeste y una remera lisa, blanca. El corazón de Pablo se altera en el pecho. Una alegría fresca lo invade. Ahí, la invitación para pasear por la montaña, llegar hasta Uspallata y tomar algo fresco. Dialogan:

- Te vi ayer en la obra dice la joven.

- ¿De mañana? Pregunta él.

- Sí. Estabas muy sonriente en la acera, con un par de obreros.

- ¡Ah sí! Olvidé decir que soy obrero de la construcción. La joven sonriente lo mira y dice:

- ¿Acaso le robaste el casco blanco al ingeniero patrón?

La Harley Davindson parece un ícono pagano. En este caso, regalo de mamá Solange, cuando se graduó en la Universidad. Suben, le ofrece un casco. Pregunta:

- ¿Tienes miedo a la velocidad? Como desafiando a la fémina. Ella, mueve la cabeza negando temor alguno, mientras, dibuja en su boca un gesto indiferente. El motor ruge de inmediato, como el brío de un animal salvaje. Atraviesan el Parque a escasa velocidad. Sugiere:

- No me tomes por los hombros. Piensa: (nunca anduvo en moto). Rodea mi cintura con tus brazos. Cuando atravesemos El dique de Papa Gallo, levanto velocidad. Ella accede. Siente agitada la respiración, los latidos de su corazón se alteran más y más. Parte de su cuerpo está pegado a ese hombre vanidoso, que huele tan bien, a pesar del tabaco que se percibe en todo su ser. La velocidad agrega cierto toque de encendida seducción. La adrenalina de ambos, se mezclan entre el silencio.

Ya en Uspallata, en un improvisado bar, le sirven una cerveza helada a él. Y a ella una gaseosa, ante la falta de jugo natural de naranjas. El ingeniero pregunta:

- ¿Qué sentiste? que te pareció la velocidad que alcanzamos en la ruta. Ella agrega:

- ¡Me encantó!

- ¡Excitante! Responde Pablo.

- Creo que yo podría manejar.

- No lo creo, contesta él. Ella insiste, lo pone a prueba, o es un desafío a su masculinidad.

- Dame las llaves, me desplazo por ese sendero corto, lo haré a baja velocidad. ¡Tranquilo! El joven duda, igual le entrega las llaves, molesto, sí, por su osada aptitud. Recorre el paraje, ida y vuelta, a mediana velocidad, demostrando destreza, y seguridad. Grita:

- ¿Cómo lo hice? Él admite con una sonrisa:

- Parece que todo lo haces muy bien.

- ¡No todo! Agrega la joven. Cae la tarde. Regresan a gran velocidad. Al llegar al recodo del camino, alejado del asfalto, detiene la marcha.

- Este sitio es hermoso. Murmura Pablo. Podemos observar cómo se encienden las luces de la ciudad, como luciérnagas curiosas.

- ¡Qué romántico!

- Alguna vez leí y memorice frases literarias. Solo, para conquistar bellas mujeres. El aire fresco, parece acariciar las mejillas femeninas. Pablo se acerca despacio, coloca ambas manos en la cintura de ella. Esta vez, acompasados, sendos corazones dan un brinco. Ella no sabe que decir. Pero antes que pueda emitir palabra alguna, el ingeniero da vuelta su figura, la atrae suave. La mira extasiado, el rubor se apodera del rostro de ella. Las manos varoniles, le toman el rostro. Rosan sus labios. Ella tiembla. El hombre experimentado, percibe el gesto. Piensa: - (Despacio Pablo esta chiquita es tímida, al parecer). Pero no puede luchar con su deseo varonil, e invade con su boca grande, húmeda, los labios femeninos. La pasión, hace lo suyo, ambos cuerpos se juntas, más y más. Hay excitación contenida, en el Dandy apasionado. El beso se hace largo, atrevido, e invade la cavidad bucal de ella, en ese intento vano de contener el músculo blando y degustativo que se entrelaza con el de ella. Placer compartido. Un sentimiento comienza a fluir. Anónimo. Profundo, sentido…